

si bien de una manera tangencial, al idealismo platónico que buscaba reproducir por el arte paradigmas estéticos inexistentes en la realidad sensible».

Cita ejemplos tomados de una novísima antología y comenta:

«En los que no son fumistas, todo esto es forzado, antinatural, postura retórica. Y tan fuera de la «nueva sensibilidad» que en cuanto el poeta se descuida, cae en los «cauces comprensibles» y en la metáfora realista. Y entonces acierta. Acierta si tiene pasta de poeta».

Ejemplo de uno que acierta:

«Eso acontece con Oliverio Girondo, nacido con un olfato canino y una pupila prensil. ¿Cómo pedirle a este meridional peludo, de sentidos cuadruplicados, metáforas que parezcan humo de cigarro? Y esto sucedió con Güiraldes cuando se dejó llevar por su instinto y se hizo intérprete de su raza, de su medio y de su momento histórico».

Metamorfosis del Capitalismo

En el número 6 del presente año de *La Revue Européenne* Drieu La Rochelle estudia *La Metamorfosis del Capitalismo* y dice:

«El capitalismo no ha sido engendrado por la máquina; algunas de sus características se habían señalado antes en la

civilización burguesa. Y la economía antigua, sin el estímulo de la máquina, gracias a un desarrollo embrionario de la división del trabajo ha mostrado un capitalismo bastante poderoso. La máquina ha puesto al servicio del capitalismo moderno medios tales que lo ha transfigurado. Su destino está ligado al desarrollo de la máquina.

En todo caso, los excesos de que se le ha hecho responsable desde sus primeros pasos son debidos en gran parte a las tentaciones extraordinarias que le ofrecía la máquina. En la antigüedad, la esclavitud se ofreció también como una tentación formidable; pero el capitalismo no pudo obrar sobre los hombres ni sobre la naturaleza con la fuerza con que lo hace hoy día.

Pero desde hace un siglo el capitalismo ha cambiado. Si, por una parte, sus características se han acentuado, si su dominio se ha extendido y reforzado, por otra parte su violencia se ha suavizado, tanto su violencia exterior contra las diversas clases como su violencia interior, la que, desde hace tanto tiempo, ha suscitado las luchas entre los mismos capitalistas.

La oposición al capitalismo no ha sido vana; la oposición socialista no ha dado sus frutos directamente pero ha apoyado y reforzado la oposición

democrática. Y así el capitalismo, llegado a un punto de su carrera, ha experimentado la necesidad de organizarse y disciplinarse.

De manera que las críticas que se le hacían en sus comienzos anárquicos y desmesurados y que se siguen repitiendo no tienen ya razón de ser.

Pero antes de examinar en detalle esta transformación del capitalismo se impone una advertencia que ya ha sido formulada al hacer la historia del comunismo: una diferencia de situación física entre los diversos países, que no es lo debidamente considerada, impide coger la línea esencial del desarrollo del capitalismo.

Hablando del capitalismo en general se confunde el capitalismo de Norte América y el capitalismo de Europa. Esto es dejarse engañar una vez más por una apariencia de contemporaneidad. Además de las diferencias geográficas no todos los pueblos viven la misma hora histórica. El capitalismo norteamericano representa el estadio más avanzado de la aventura capitalista. Su ejemplo sólo permite avanzar la tesis de que existe ya un capitalismo organizador que se opone al capitalismo anárquico de ayer, paralelamente a doctrinas que subsisten todavía en la mayor parte de Europa.

Solamente la situación nor-

teamericana puede compararse con la experiencia rusa: esta aproximación iluminará por contraste la situación retardada (*arrièrèe*) de Europa.

Esto no es sino el ejemplo de una necesidad que se impone en todo estudio que quiera hacerse en nuestros días. No se puede estudiar ya ninguna cuestión sino desde un punto de vista mundial; y cuando se es europeo, se está obligado a alejarse a menudo de Europa, si se quiere volver a encontrar, allí donde se vive, tal o cual orden de cosas. Es así como para deshacerme de una concepción caduca, capitalismo versus comunismo, y discernir sobre lo que pueda formarse superándole, deba dirigir mis miradas hacia esos inmensos países que, volviendo la espalda a Europa, forman uno de los pilares del Nuevo Mundo asentado sobre el Pacífico. Quiero ver el comunismo ruso y el capitalismo norteamericano intervenir y confundirse en la realidad; quiero ver la abstracta antinomia de la que vive todavía Europa disolverse en el concreto ardiente de esos países nuevos.

A continuación el autor interpreta la vida de Norte América y sus primitivos pobladores y llega a considerar a Norte América como el extremo de la experiencia europea: el mismo sentimiento que ha movido la pluma de Marx

o de Rousseau ha movido también al emigrante que ha atravesado el océano y la pradera.

No obstante, este pueblo considerado como la vanguardia de la civilización europea retrogradaba a la Edad Media restableciendo la esclavitud. Acaso la prodigalidad de la naturaleza y la tentación de los mercados europeos forzó a los norteamericanos, antes de que la máquina apareciera, a sobrepasar las posibilidades de la producción y para arrancar a su suelo grandes cantidades de algodón y azúcar se vieron obligados a tomar esclavos negros los hombres que se habían venido de Europa para salvar la libertad.

«Y, a despecho de la elasticidad del medio, han dejado a la máquina cometer sus excesos como sobre el continente ultrapoblado de Europa; han superpuesto la esclavitud blanca a la esclavitud negra; el trabajo de las minas y de las usinas ha sido y es todavía en ciertos oficios tan atroz en Europa como en Norte América.

Pero las condiciones más favorables jugaron a la larga: el paraíso del Nuevo Mundo parece haber reconquistado terreno sobre el infierno que se había dejado mezclarse a él. Acaso es una leyenda, pero corre el rumor de que el término medio de los hombres es más feliz en Estados Unidos que en otras partes. Se trata evi-

dentemente de una felicidad moderna que no se parece en nada a los sueños de antaño. Pero ¿cómo en un planeta dedicado enteramente a buscar la felicidad moderna no se envidiaría la suerte del obrero norteamericano, el hombre más moderno?»

Se refiere en seguida el autor a las grandes ventajas naturales de que gozan los norteamericanos y piensa que hombres, en su mayoría de origen modesto, robustecidos en una lucha de dos o tres siglos con una naturaleza agresiva y áspera, no han tenido todavía el ocio para despertar al sentido aristocrático de la vida.

Examina el autor el capitalismo norteamericano, en general, sin distinguir lo que hay en él específicamente norteamericano; en seguida estudia lo que tiene el capitalismo norteamericano de genuino y original; relaciona estas características con la evolución del capitalismo mundial y, finalmente, estudia la significación universal que pudiera tener la aventura rusa en relación con el capitalismo norteamericano.

Dice:

«Mirando la civilización norteamericana nos damos cuenta de que el capitalismo ha llegado a su madurez sin perder el sentido de su origen. Ha nacido y se ha desarrollado con la democracia y en las

influencias reciprocas entre el desarrollo industrial y las instituciones politicas ha producido formas que no se diferencian mucho de aquellas que han ido a resolverse en un comunismo prematuro y abortado. Hay más comunismo en Norte América que en Rusia porque allí la evolución es más avanzada.

¿Cuáles son los principios de una sociedad comunista? ¿Cuáles los principios que se derivan de la práctica comunista norteamericana?

El ideal comunista está fundado en la organización de la producción. Esto es, en el fondo, lo que quiere decir «la nacionalización de los medios de producción».

Hoy día el capitalismo tiende por diversos medios a organizar la producción. El principio antiguo gracias al cual pudo nacer y crecer el capitalismo fué la concurrencia. Ahora nitidamente el capitalismo se rebela contra su principio inicial para corregirlo y, de corrección en corrección, lleva camino de aniquilarlo.

Hay en esto un hecho capital, eminentemente revolucionario. La evolución norteamericana es típica de este género de revoluciones, acaso hoy la única posible: revolución no militar sino económica.

Lo que ha caracterizado al capitalismo en su primera fase es la anarquía. Anarquía en

todo sentido. Anarquía en las relaciones de los capitalistas entre sí, en el manejo de sus negocios, en sus relaciones con las demás clases. Ahora, todo esto ha cambiado».

La concurrencia no ha sido suprimida pero está limitada. Las empresas capitalistas se organizan interiormente. El arte de dirigir empresas pasa a ser un arte consciente, con reglas conocidas, que se aprenden, que se enseñan. La época feudal ha pasado; vamos a entrar al periodo administrativo. El capitalismo está a punto de pasar de la esfera de las pasiones animales a la esfera de las pasiones intelectuales. Se produce una disociación entre los bienes y los hombres. Prácticamente, todo el mundo se transforma en asalariado. El capital es un bien colectivo, un mito universal y despótico cuyo culto se perpetra con una piedad cada vez más mecánica por grupos cada vez más vastos, heridos de alto abajo por un servilismo parejo. La plus-valía es la grasa que se quema ante el altar del dios y sus efluvios van a aromar el olfato de los fieles pero, por desgracia, la carne misma sufre un milagroso escamoteo. Los hombres viven para la producción: antaño actos guerreros u oraciones, ayer obras de arte, hoy se forja una obra maestra mecánica que sea en su género una obra de arte,

una oración y un acto heroico.

Examina Drieu La Rochelle el fenómeno fascista y escribe:

«La revolución fascista es la reacción a la revolución industrial de un país que no queda definido exactamente cuando se dice de él que es un país occidental. Italia se encuentra en un estado intermedio entre Francia y Rusia: una vieja cultura superpuesta a un estado medioeval, país pobre en materias primas, mucho más que Francia (que ha sido durante mucho tiempo pobre en comparación de Alemania e Inglaterra), país como Rusia donde pesa la masa agrícola, medioeval; un poco retirado del centro de la actividad europea que parece ser, desde la caída del Imperio Romano, la región situada ente el Rhin, el Sena y el Tâmesis, con una proyección del alto Danubio y del Po.

La revolución italiana es todavía una reacción más reciente de la revolución rusa. Ha podido aprovechar experiencias que le han precedido en el ciclo histórico. Es así como en Italia, ayudada, propulsada por un hombre de genio, la pequeña burguesía toma la dirección del movimiento moderno mientras que en Francia, bajo la égida del partido radical, es su mayor impedimento.

Mussolini, después de Lenin, ha vuelto a inventar el partido moderno, que nada tiene que

ver con el partido político antiguo, a la moda del siglo XIX. Fascista o comunista, el partido moderno tiene a la vez de la franc-masonería y de la iglesia, del espíritu de cuerpo del ejército, del equipo deportivo, del laboratorio y del seminario.

Termina con estas palabras llenas de sugerencias para los estudiosos y para los políticos:

«La pequeña burguesía italiana, conducida por Mussolini, se ha desviado del anacronismo que socialismo y comunismo significaban en Occidente: bajo estas palabras rejuvenecidas por Rusia que las ha usado con el desplante de la juventud y de la fuerza, no se esconde sino un viejo liberalismo llevado a la extrema izquierda. Renunciando a la postura de Francia, que niega la economía para refugiarse en la política pura, insostenible en nuestra época, ha pactado decididamente con el capitalismo.

De manera que entre Rusia y América, Italia, más que Alemania, es el más bello ejemplo de la novedad política de estos años.

Comunismo y capitalismo se mezclan e intervienen recíprocamente en una oscura necesidad que supera la rigidez de las fórmulas.

El autor promete ampliar en futuros artículos tan interesantes puntos de vista.—M.